

FIN DEL CIRCUNLOQUIO

Como saben nuestros radioyentes, digo nuestros telespectadores, digo nuestros lectores, el mundo de la metáfora comprometida con otra metáfora, y esta con otra, y así sucesivamente, hasta el punto omega o metacefalia, que es la reunión de todas las metáforas en la metáfora capital o de cabecera, abre ahora su paso con el tiempo nuevo, como diría Max Weber (¿o lo dijo Spenger?), a la «Kulturelles Wort» o «palabra cultural», derivada del libre juego de las fuerzas sociales, vamos, digo yo. El asunto ese de circuir o circunvalar mediante abstracciones ambivalentes y por ende inocuas desde la estática amartillada por una falsa perspectiva de dinamismo, que no, Cheli, que eres muy mayor. Así es que se rasgó el velo del templo, y sobrevino ese temblor terráqueo que anuncia el tren de la historia que se malogrará si se discute bajándose del tren y entreteniendo al factor de estación con manipulaciones conceptuales mediante una especie de teoría de la nostalgia vulgarizada, lo que haría que el tren de la historia entrase en contradicción frontal con el tren retro de las menos cero quince. ¡No, y mil veces, no! La resistencia frente al aciago curso de acontecimientos que sustituyeron la visión concreta del sujeto histórico por la aperccepción trascendental de,



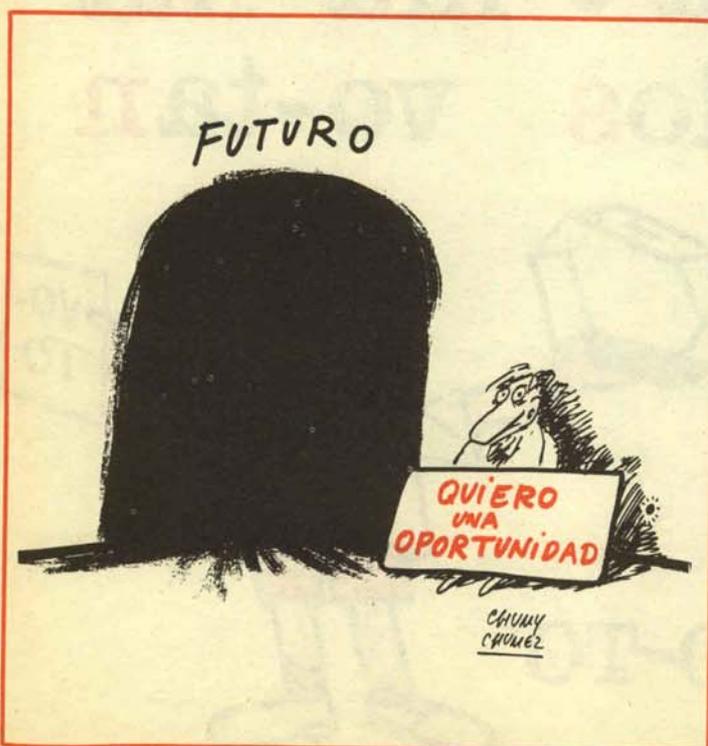
ciertamente, categorías majestuosas, aunque inanes, comienza en este instante, que es el del puro distinguir la alta escolástica de la ilustración, la ilustración de la información, y la información del estar enterado, que no es lo mismo. ¿Cómo impulsarnos hacia delante para reintegrarnos

atrás? ¿Es que el futuro de la ilusión es la ilusión del futuro? ¿Es que buscar el tiempo perdido es perder el tiempo? La política como folklore arcaico, la política arcaica como folklore. Pero yo os digo, de la eternidad, la mitad de la mitad. Y la mitad de la eternidad es el éter. ¡Se terminaron los circunloquios! En esta nueva época la expresión va rectamente a su blanco solar, porque homo hominis lupus lava más blanco, leche, que ya estaba viendo que se me olvidaba. Y así termino este artículo ciceroniano. Sujeto, verbo y complemento. Sin circunloquios. ■ ALBERTINA

propio Matón-Ki-Ki (ssinger), lo dice: están poniendo en peligro la paz internacional, porque cuando se ponen en peligro los beneficios de las multinacionales, se pone en peligro la paz internacional, ya que aquélla la hacen éstas.

La Campsa, muy consciente del perjuicio que nos están ocasionando los jeques con el Rolls y todo lo demás, había pedido unas subidillas nuevas para la gasolina. Los aumentos han sido concedidos..., superando esas peticiones. Con rumbo. Como debe ser. Nada de dos o tres pesetucas. Las cosas cuando suben es que suben de verdad. «Que tu sí sea sí y tu no sea no.» Los tibios serán vomitados al infierno. Parece incluso que hay un infierno especial para los tibios: en él hace más calor aún que en los otros infiernos.

La política económica hay que hacerla con decisiones enérgicas. La política económica es como la prueba de fuerza con el martillazo en las verbenas: gana el que pega el martillazo más fuerte. Nada de sutilezas. Aquí tenemos una economía que hay que reactivar. Que se reactive. Martillazo. Clooong. Subidaza. Que repercute en todo. Venga. Arrea. No hemos elegido el fácil camino de frenar la inflación. Eso queda para los timoratos. Inflaciona, que algo queda. Es como arrojar monedas desde un balcón. Alguna moneda permanecerá en el suelo, olvidada por los alegres niños que gritaban, «eche, padrino, no se lo gaste en vino». Dale otro marti-



SI NO QUIERES SUBIDAS, TOMA TAZA Y MEDIA

La fábrica de mitos para oligofrénicos distribuye desde hace tiempo en el mercado el modelillo en cera y cartoné de ávido jeque del petróleo que tiene un harem, un Rolls y unas ganas enormes de molestar. Hasta el

llazo. Claaang. Ponle más gasolina a la coliflor; ponle menos coliflor a la sopa; ponle menos sopa al niño; vete a Cercedilla el domingo si te atreves. Ponte una lavativa de gasolina y sabrás cómo se rompe el estancamiento.

Que no decaiga, please, que no decaiga. ■ RECOLETOS

MONOLOGO DE UN EMPRESARIO EQUIVOCO

Bobo, que eres bobo, que siempre te dejas engañar. Menuda cara de satisfacción se te ponía en el invierno del 63 cuando volvíamos saltando entre los charcos en el alegre camino de dos kilómetros hasta la parada del autobús. «Es la mitad de nuestro sueldo —decías, idiota—, pero dentro de diez años no será nada, y el piso, oh, sí, el piso, será nuestro, y luego ya no pagaremos y los años se vienen y los años se van y nosotros nos iremos y no pagaremos más, con la tranquilidad que —decías, cretino—, da tener algo tuyo.» Y una letra de siete mil este mes y otra letra de siete mil el otro. Pero ellos te seguían la pista. Cada vez que te subían mil pesetas el sueldo, te subían trescientas pesetas la luz y quinientas el teléfono y cuatrocientas el gas, y los gastos generales cuatrocientas veinte. Bo-



bo, que eres bobo. Y así hasta hoy. Las siete mil pesetas de la letra no son nada, pero pagas otras ocho mil de «gastos de casa, luz, teléfono, etcétera», que pones en la agenda, melón. Y, además, comprarte los recambios de la agenda. Pagabas siete mil cuando ganabas catorce mil, y pagas quince mil cuando ganas veintiseis mil doscientas con descuentos y con dos hijos, que también ahí te cogieron, que llegaste a tener una foto de Villar Palasí en la mesilla cuando nació el segundo, y le dabas las gracias todos los días por la enseñanza gratuita, para que ahora se te ponga en tres mil mandar a las criaturas



LA DURACION DEL FUTURO

RECUERDO un día único de sol y calor en Londres, precedido de clima de bruma y frío, seguido de otro día de frío y bruma. Un periódico tituló, irónico y certero: «Ayer fue el verano.» Siempre temo ver un titular en algún periódico español que diga «Ayer fue el futuro». Ayer fue el pasado. Mañana ¿será también el pasado? ¿Es este presente de hoy un simple eje de simetría? El otro lado del espejo ¿es igual que este lado del espejo?

El inglés Osborne hizo famoso su título «Mirando hacia atrás con ira». Pertenecía a la generación llamada colérica —los «angry young men»—, que inculcaba a sus predecesores de haber desgraciado su presente mediante un destroz, el del imperio. Yo no me siento con ese temple. Quizá porque ya soy en algún modo antepasado, quizá porque no he sabido —no hemos sabido— hacer con el tiempo que debió ser nuestro más que dejarlo transcurrir, más que sobrevivirle. Era, es cierto, un tiempo difícil, que heredaba de otro tiempo difícil. El cual, a su vez... ¿Hasta cuándo, hasta dónde habría que remontar el pasado para encontrar unos antepasados originalmente culpables? Tal vez al sombrío Felipe II, quien sabe si a los caballeros conquistadores, con la distensión que hicieron de sus generaciones y de la piel de la patria para cubrir con ella unas tierras lejanas y explotables. O a los jinetes de la reconquista y su exaltación, o a los expulsos de moriscos y judíos, con la temible inflexión de la convivencia y la dureza unificadora... ¿Y ellos, por qué? Habría que llegar a Adán y Eva. Y aún me temo que habría que mirar qué es lo que pasó antes de que ellos fueran como fueron ellos.

No, no me permito mirar hacia atrás con ira. «Amar al pasado es alegrarse de que haya pasado», decía Ortega y Gasset. Odiar al pasado también es alegrarse de que haya pasado. En todo caso, ha pasado. Es pura ceniza. No es otra cosa. Ni si quiera es: fue. No siento ya ninguna ira con respecto a él. Ni me siento capaz de personificarlo, de atribuírselo a un Padre, a un Abuelo. A otro Freud con ese hueso. Allá Edipo con sus cuentas por arreglar. Es cosa suya, no mía.

Pero tampoco puedo permitirme el lujo de mirar hacia el futuro con ira. Lo único que me interesa es que sea eso: futuro. No tengo aspiración por la felicidad —sólo la tienen los ciudadanos de Estados Unidos, que lo incluyeron en su Constitución como un derecho nacional—, sólo tengo aspiración a la oportunidad. A que ningún prestidigitador de sombrero de copa y capa de seda me engañe con una cámara de espejos instalada en un lujoso escenario. Las cámaras ya no pueden ser de espejos, reflejando en mil rostros un solo rostro. Necesito que en esa cámara esté también el reflejo del mío. Y el de mi vecino, aunque sea odioso. Pero que no me escamoteen nada.

Adiós, pasado. He vivido en ti: no puedo odiarte. No puedo mirarte con ira porque, con todo mi disgusto, con toda mi incomodidad, con tus lanzadas de muerte, has sido yo mismo. Pero, por favor, no vuelvas. Deja que el futuro tenga su ocasión. Porque si me siento carne tuya —carne podrida—, pasado me siento también carne del futuro. Y hueso, y piel del futuro. Tengo derecho al futuro. Puede ser inclemente: pero no sería tolerable que fuera sólo una inversión simétrica del pasado. ■ POZUELO

a ese galpón en los bajos del bloque Z, que ni hacer pis pueden siquiera en la calle porque la zona verde la tiene ocupada el del bar con esas tres cajas de botellas de pepsi que pone siempre, el muy guarro. Ya puedes llorar, ya, y buscarte algo para por las noches. Y que no te confíes, memo, que te pongo en la calle, que me estás cayendo muy gordo por lo idiota que eres y, además, tal

como se están poniendo las cosas, a mí me viene muy bien despedir a otro más, y administrativos de tercera por carros encuentro yo hasta en los descampados, bobo, que ahora mismo le voy a decir al jefe de personal que te mande alguna nota amenazadora por llegar dos minutos tarde para que sufras, cabezón, que este es un país sin criterio. ■ R.